

El Herald de la Guardia Civil

PERIÓDICO SEMANAL ILUSTRADO



AÑO I.	SUSCRIPCION	Madrid 8 de Diciembre de 1893.	CONDICIONES DE SUSCRIPCION	NÚM. 22.
	TRIMESTRE			
	España.....	TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR	1.º El tiempo mínimo de suscripción será un trimestre. 2.º Las suscripciones se cobrarán por trimestres adelantados, cualquiera que sea el tiempo por el que se hagan los abonos. 3.º Las suscripciones se contarán desde el principio del mes en que se reciba el aviso. 4.º Importancísimo. La suscripción se continuará indefinidamente en tanto no se reciba aviso en contrario.	
	Ultramar.....			

Los Oficiales del porvenir

III

Consignadas en anteriores artículos aquellas premisas indispensables para el mejor desarrollo del pensamiento propuesto explanar, llegamos ahora á ocuparnos del punto que reviste más excepcional importancia, y que, sin embargo, viene mereciendo poca ó ninguna atención desde larga fecha.

¿Los Oficiales de Carabineros y Guardia Civil, deben contar grados de instrucción iguales ó menores que los de las armas de combate? Tal es la cuestión planteada, descarnadamente, por el Real decreto orgánico de las Academias de Sargentos de ambos Institutos.

Este problema data de bien escaso tiempo. Lo estableció el inolvidable General Cassola, eliminando en sus memorables reformas á los Coroneles de ambos Cuerpos de poder aspirar á formar parte del Estado Mayor general del Ejército y proponiendo luego que sus escalas de Oficiales se nutrieran con las de Suboficiales que para el caso se proponía crear. Pocos razonamientos bastaron para disuadir de semejantes creencias al ilustre General, cuya clarísima inteligencia se hizo pronto cargo de la enorme injusticia y monstruosa desigualdad que dimanarían de tal criterio; sin embargo, aquellos efectos, si no en tanta extensión, surgen ahora nuevamente con las consabidas Academias.

De su establecimiento, la primer conclusión que se deduce es que para desempeñar las funciones de Oficial, en Carabineros y Guardia Civil, se requiere menos estudio y menor suma de conocimientos que en Infantería y Caballería.

Error manifiesto y de facilísima demostración.

La organización de ambos Institutos descansa en las Ordenanzas generales del Ejército, cuyas prevenciones les son comunes, así por lo que respecta á subordinación y disciplina, como por lo relativo á las obligaciones de cada grado. Sus órdenes de formación, marcha y manejo del arma se atemperan á los reglamentos tácticos de Infantería y Caballería en cada caso. Usan idéntico armamento. Se administran por el propio reglamento de detall y contabilidad. Disfrutan del fuero de guerra, y sus faltas y delitos se juzgan por Tribunales militares, con sujeción al Código de Justicia Militar. Forman parte integrante del Ejército por la Ley constitutiva, y cuando sus fuerzas se reconcentran, constituyen compañías, batallones y escuadrones. ¿Dónde, pues, encuentran la diferencia?...

Los Oficiales de Carabineros y Guardia Civil necesitan poseer idénticos conocimientos que los de las armas de combate, porque no es tan antiguo que los treinta mil veteranos que nutren sus filas constituyan unidades importantísimas y se sumen con los batallones del Ejército como fuerzas combatientes. Además, las concentraciones parciales para oponerse por las armas á los pasos de contrabando ó intervenir en las difíciles soluciones que el restablecimiento del orden público exigen son frecuentísimas y cualquier Oficial de inferior categoría, con un puñado de hombres, véase precisado á imponer el peso de la ley que representa y defiende, por el espíritu militar que le anima y tiene aprendido. Los Oficiales de las armas de combate, raras, muy raras veces se batirán aisladamente, mientras permanezcan en los empleos inferiores, en tanto que los pertenecientes á dichos Institutos lo efectúan de continuo.

Si el fin esencial de la Oficialidad de las armas generales es conducir sus tropas á la lucha en las mejores condiciones tácticas, sacando partido del armamento de que dispongan y terreno en que operen, no es otra la misión tampoco de la Oficialidad de ambos Cuerpos, en la idéntica circunstancia que pueda requerirlo.

Expuesto lo cual, hemos de añadir que, en

tanto la Oficialidad de las armas de Infantería y Caballería en épocas normales—que son las más—rinde su servicio por unidades completas y siempre á la vista é inmediatas órdenes de sus Jefes naturales y en unión de sus compañeros, siéndoles fácil mantener frescos los conocimientos doctrinales adquiridos por medio de las conferencias reglamentarias, y sostener vivo el entusiasmo por el noble espíritu de cuerpo; mientras esos Oficiales practican en constantes ejercicios, marchas y campamentos aquellas primitivas enseñanzas, los de los Institutos de Carabineros y Guardia Civil están privados de hacerlo, aislados y solos en sus respectivas Secciones ó líneas, con grandes extensiones de terreno que vigilar, tremendas responsabilidades que resistir, y sin otro mentor, guía ó consejero que el recuerdo de lo aprendido, su mucha ó poca experiencia, y el poderoso acicate del propio honor y espíritu recomendado en las «órdenes generales para Oficiales».

Pues si esto es así, sin temor á que pueda nadie rebatirlo; si ha de resultar siempre más difícil mantener en perfecta obediencia á una fuerza veterana y dispersa que otra visofa y acuartelada; si esta dificultad la agiganta las especiales misiones y peculiares cometidos de cada Cuerpo, ¿cómo pretender que éstos nutran sus escalas con Oficiales provenientes de la clase de Sargentos del Ejército y con un limitado plan de enseñanza?

Tanto equivaldría, en nuestro juicio, á la muerte de los Cuerpos de Carabineros y Guardia Civil, que, lejos de necesitar Oficialidad tachable ó deficiente, exigen, para mantenerse en el concepto público Oficiales inteligentes con hábitos *probados* de mando y también *probada* conducta circunstancias que sólo concurrirían en los Oficiales del Ejército con algún tiempo de ejercicio que garantice la posesión.

Solo así, y demostrando competencia teórica en los respectivos reglamentos que también acredite para unos la suficiencia en los conflictos entre la Administración y el Fisco, y para otros cuantos se ofrezcan con autoridades municipales, judiciales y gubernativas podrán sostenerse ambos Institutos en el honroso nivel logrado á fuerza de desvelos y solicitudes y al amparo de una legislación tan nutrida como previsora por la práctica.

Tales son parte de los puntos de vista con que apreciamos un asunto que nos proponemos continuar tratando, por lo mismo de juzgarlo de capital importancia para el presente y porvenir de Carabineros y Guardia Civil.

Lo que se dice

El veterano General Palacio, acompañado del General Loño, Secretario de la Dirección, giró hace breves días detenida visita al Colegio de Guardias Jóvenes y Asilos de huérfanos establecidos en Valdemoro.

Recorrió la parte recién construida, y dictó diversas instrucciones, inspiradas todas en el deseo que le anima por el bienestar de sus subordinados, y principalmente por aquellos entusiastas jóvenes y desvalidos huérfanos, á todos los que considera como á sus propios hijos.

También le acompañó el primer Teniente Sr. Morelli, que presta servicio á sus inmediatas órdenes, y al que el General Director y General Secretario dirigieron cumplidos elogios por los trabajos de adorno del edificio que voluntariamente se prestó á efectuar para mayor lucimiento del Colegio, y en los que con independencia de su carácter militar ha dado gallarda muestra de envidiables dotes de artista.

Aunque modestos, EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL une sus plácemes á los anteriores, y se congratula del legítimo éxito alcanzado por el señor Morelli en Valdemoro.

La conducta de los riffeños en las actuales circunstancias nos hace recordar la famosa arenga de un General negro á sus secuaces en cierta campaña americana:

«Niños, cuidad con lo que sus digo.
Si son muchos los blancos... de juyana.
Si son pocos... á la gachapana.

Y si no hay ninguno... á ellos, niños, á ellos.»
Verdaderamente, de la marcha del Ejército á Melilla y llegada del General Martínez Campos, pudiera escribir cualquier maese Langostinos:

La espada *Arsenio* sacó,
y el enemigo escapó.

¿Será cosa de fiarse?

X

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el crecimiento considerable que de día en día experimentan los fondos sociales del Montepío, los cuales, prescindiendo de la importante cifra á que ascienden las sumas donadas, superan en mucho á aquellas otras anteriormente calculadas.

Esta es la mejor demostración de la robustez de una Sociedad tan combatida por algunos pocos, y que tantísimo bien ha de reportar á la Corporación.

X

Son muchos los plácemes y las adhesiones que recibimos por nuestro artículo *Premios de reenganche*.

Las razones que exponemos son tan terminantes y tan notoria la injusticia, que necesariamente habíamos de encontrar eco en nuestros lectores, si quiera no haya que buscar la causa en el mérito de nuestro trabajo y si en la justicia de la causa defendida.

Insistiremos sobre el asunto.

¿Quién inspira á "La Unión"?

No sabemos quién habrá tenido el mal gusto de decir á *La Unión* que no se adjudica á los Oficiales de la escala de reserva, aspirantes á ingresos en la Guardia Civil, las vacantes de segundos Tenientes que pueden corresponderles.

Ni menos que para esto se usen pretextos especiosos ni sin *especiar*, y abusando de un galimatías de academias increadas, puestos sin Jefes, Jefes sin puestos, Oficiales eventuales y otra porción de cosas por el estilo que demuestran la erudición del autor del artículo.

Pero como por lo visto no sea el propósito de *La Unión* defender los intereses de sus representados, los dignos Jefes y Oficiales retirados y de la escala de reserva, que á éstos voluntariamente los abandonan á su suerte, y si con el pretexto *demasiado especioso* poder revolverse contra el digno General Palacio, suponiéndole autor de polacadas, y dejarse influir por los de á su alrededor convertidos en *heraldos*—no lo subraya *La Unión*, lo subrayamos nosotros,—de su fama habremos de decir al cándido colega que, si en todas sus apreciaciones tiene la razón que en ésta, medrada *Unión* va á resultarnos.

El General Azcárraga dictó efectivamente las disposiciones que han abierto las escalas de Guardia Civil y Carabineros á los segundos Tenientes de la de reserva, faltando abiertamente á la ley constitucional del Ejército. ¿Fue esta también una polacada de tan caballeroso Ministro?

Lejos de nuestro ánimo semejante afirmación, porque para defender un punto de doctrina ó de interpretación, no se precisa faltar á nadie. Acaso se permite hacerlo *La Unión* con un mal gusto, que distamos mucho de envidiarle.

El Director de la Guardia Civil podrá opinar como le plazca; podrá pensar que de esos caballeros, Oficiales de 42 años, que ingresan en el Instituto sin haber desempeñado su actual empleo en el Ejército, hay que esperar más ó menos; podrá creer, con permiso de *La Unión*, escasa la cantidad que se asignaba para la creación de la Academia de Sargentos en el Real decreto que las estableció para el Instituto y Carabineros; el Director, en fin, de la Guardia Civil, carácter *pacífico, conciliador*, temperamento *dúctil*, y á quien cualquiera se lleva de calle, como vulgarmente se dice, podrá tener la opinión que le plazca, pero no pasará nunca de mantener opiniones que luego aprobará ó desaprobó el Ministro de la Guerra.

Esto no lo desconoce *La Unión*; ¿cómo inferirla tal ofensa! Pero firme en su propósito de dirigir cargos como el que cumple una consigna, nos lanza á troche y moche sobre un veterano del Ejército, de cuyo mando se halla orgulloso el Cuerpo á cuyo frente está, y que sólo procura el bienestar de los suyos.

Después de todo, si el ingreso de los Oficiales de la reserva en el Instituto dependiera, que no depende, y con esto está dicho todo, del Director general del Cuerpo, ¿extrañaría á nadie que el General tuviese más simpatías por sus inmediatos que por aquellos á quienes no conoce siquiera?

Pero esto, ¿nos autorizaría á nosotros para decir á esos Oficiales aspirantes, que al venir á la Guardia Civil lo hacen por miras interesadas y nunca por amor al servicio de una Institución en la que no pueden tener otro carácter que el de pupilos?

Pues ya ve *La Unión* que no entran en nuestro ánimo semejantes frases, cuya inoportunidad é injusticia esperamos confiadamente reconocerá nuestro colega.

Á quien ya sabe conocemos.

El General D. Emiliano Loño

SUBINSPECTOR DE LOS TERCIOS DE CUBA

La Subinspección de la Guardia Civil en la Gran Antilla era una de las necesidades que se dejaban sentir con más fuerza para la próspera vida de aquellos Tercios.

Nosotros, al aplaudir su creación, aplaudimos también el acierto en la elección del General que había de desempeñar el cargo.

Perfecto conocedor de la isla; militar avezado á las luchas cruentas de aquel suelo; con una brillante historia pródiga en hechos de armas, el General Loño es un nombre y un prestigio que hace esperaranzar provechosas empresas.



El que se batiera tantas y tantas veces en la magna terrible, el soldado de Lomas de Vargas y Agua Dulce, el Coronel del regimiento de Tacón, de Milicias de la Habana y del Rey, el bizarro Jefe de la columna contra el cabecilla Bonachea... será hoy dignísimo Subinspector de la Guardia Civil, celoso de sus prestigios y sus preeminencias, por desgracia bastante regateadas en Cuba.

Cuando ascendió á General de Brigada el año 92, mandaba el regimiento de Pizarro.

La Guardia Civil de Cuba vive ha tiempo en la mayor orfandad, y necesita de mano firme que la mantenga, y ¿por qué no decirlo? que la defienda.

El General D. Emiliano Loño, que tan importantes cargos ha desempeñado, no ha de defraudar en éste las esperanzas que tenemos puestas en él los amantes del benemérito Instituto.

EL HERALDO honra sus columnas publicando, con estas notas biográficas, el retrato del Subinspector de los tercios de Cuba.

El nombre de Loño, que tan digna representación tiene también aquí en la Península, irá siempre unido á la historia de la Guardia Civil, no por la olvidadiza ligazón de un Real decreto de nombramiento, sino por el enlace eterno de un Jefe digno que se desvela por el Cuerpo que manda y la gratitud de sus subordinados.

Los Oficiales de Plana Mayor

Conocida es de nuestros lectores la determinación de suprimir dieciséis vacantes de segundos Tenientes para subvenir á los gastos que ha de ocasionar la plantilla del nuevo Colegio de Sargentos, en el caso de que llegue á realizarse.

Esta supresión lleva aparejada la de la Plana Mayor de los Tercios, y por lo tanto, los dieciséis primeros Tenientes que la constituyen causarán baja en sus respectivos destinos, para ir á ocupar las vacantes de los segundos Tenientes que se amortizan.

Obligados á hacer una inesperada translación, con los gastos y las molestias consiguientes, los Oficiales á que nos referimos han de ver defraudadas sus esperanzas de estar en un determinado Tercio y ocupar una plaza que, si bien lleva consigo la residencia inestable, en la mayoría de los casos conviene al Oficial que la ocupa, quedándole siempre el recurso de ocupar, en plazo no muy largo, alguna de las vacantes que ocurran en su mismo Tercio.

El hecho es que por la disposición de referencia se han de ocasionar perjuicios á los Oficiales de Plana Mayor si han de ir á ocupar las vacantes correspondientes á los dieciséis segundos Tenientes amortizados, pues la repartición entre los Tercios ha de hacerla el azar bien desigual.

Así, pues, llamamos la atención del General Palacio sobre este asunto, proponiéndole que, si el servicio lo permite, queden los Oficiales de Plana Mayor como agregados á sus respectivos Tercios con opción á la primera vacante que en ellos ocurra.

La partida de la muerte

Muchos y diversos son los comentarios a que ha dado lugar el tremendo fallo y la inmediata ejecución del penado Farreu, que, como es sabido, formaba parte de la partida reclutada en el penal de Melilla, y realizó la mutilación del moro Amadi.

Defienden unos la pertinacia é indudable ejemplaridad de la medida.

Sostienen otros ser excesivo el castigo impuesto por tratarse á lo sumo, á lo sumo, de represalias, aunque sangrientas, represalias al fin.

Sin el procedimiento sumarisimo instruido, á la vista, imposible emitir juicio; pero no encontramos dificultad en formular otras consideraciones concernientes al caso, que se nos ocurren.

Primera entre todas señalaremos la formación de la partida misma. Nunca mereció ésta, así han podido apreciarlo los lectores de EL HERALDO, nuestro aplauso, ni menos nuestras simpatías, por la procedencia de los individuos llamados á constituirlos, y el hecho, inconcebible para nosotros—lo confesamos ingenuamente—de ver á su frente un Capitán del ejército. ¿Es que faltaban voluntarios entre los batallones expedicionarios para formar una guerrilla á usanza de las secciones de tiradores de la última campaña carlista ó de las renombradísimas y valientes de Cuba en aquella lucha separatista de once años?

Si no era cosa de arriesgar inútilmente la sangre de muchos soldados en expediciones diarias para socorrer y comunicarse con los fuertes, ¿faltaban cincuenta hombres dispuestos á hacer, lo hecho por los penados?

En segundo término quisiéramos saber qué misión tenía la partida de la muerte. ¿Efectivamente, llevaban la consigna de *cazar* rifeños, según nos han dado á entender las correspondencias de la prensa? Pues bueno hubiese sido esclarecer tan importante extremo; porque los *cazadores* deberán atemperarse á la ley correspondiente pero no sabemos de ningún precepto que regule el estado en que han de hallarse las piezas cobradas, ni el uso ó el abuso de éstas por el afortunado que se haga con ellas.

Que no debieron mediar tales instrucciones de *caza* parece demostrarlo el respetable fallo recaído, y por consiguiente que se trata de un hecho punible é intolerable para un país y un Ejército civilizados, y dura, pero justísimamente corregido.

He aquí lo que producen las discusiones de cierta clase y los entusiasmos...

Posible, muy posible que, si la formación de la famosa *partida*, hubiera hallado la protesta merecida en la opinión, ni sus desventurados individuos habrían recibido la lección experimentada con la pérdida de naturales y legítimas esperanzas, ni menos tenido ocasión de afrentarnos un moro desorejado al exclamar: «Huía de un país salvaje, y...»

VESTUARIO

El abrigo de la Infantería

Los lectores asiduos de nuestro periódico habrán observado la atención que dedicamos al vestuario, y muy principalmente á la parte que constituye el abrigo de los Oficiales y guardias que prestan sus servicios en Infantería.

El asunto lo merece, pues seguimos creyendo que las prendas de que usan unos y otros no responden á las condiciones del especial servicio del Instituto, ni á las de comodidad para el individuo.

Ya hemos apuntado más de una vez los inconvenientes de la actual capota. Embarazosa, incómoda, faltándole mucho para ser un verdadero preservativo contra el frío y el agua, no tiene ninguna condición que la haga recomendable, y difícilmente registrando la indumentaria de todos los Ejércitos podría encontrarse una prenda peor para el servicio á que se la dedica.

Una pareja que va en un vagón del ferrocarril, encajados entre los viajeros que llenan el departamento, y con la capota correctamente puesta, se encuentra casi inerte, casi inhabilitado para hacer uso de sus armas, porque el arriesgo de un par de malhechores puede hacerles víctima de un criminal atentado, sin que se puedan defender, envueltos entre los pliegues del paño que llevan encima.

Y este ejemplo, como otros que se pudieran citar, patentizan la gran insuficiencia de una prenda que, además de otras malas condiciones, puede imposibilitar en un momento dado la acción de los brazos, y, por lo tanto, la importantísima y oportuna del fusil; y tan grave es este inconveniente, que ya hace años la Junta de reforma del uniforme pensó seriamente en él, tratando de hacer unas aberturas laterales, que al fin no llegaron á practicarse, porque no resolvían el problema.

Por lo que al Oficial respecta, del capote de montar nada tenemos que decir; es una prenda insustituible para el servicio á caballo. Pero para el servicio á pie, para mandar tropa, ¿qué prenda de abrigo lleva el Oficial de Infantería?

El capote ruso está abolido; el capote de montar es para mandar fuerza de Caballería. No hay, pues, más remedio que llevar la capota de paseo.

Para este único uso se adoptó en el Ejército la capota del Oficial, pues claro está que, careciendo de condiciones militares, no permitiendo el fácil manejo de la espada y el revólver, había de desterrarse de todo servicio de armas.

La Guardia Civil, no obstante, la adoptó para formación, sin que sea excusa admisible que estos no son frecuentes en el Instituto, pues excepciones hay, como el 14.º Tercio, que á diario las practican, y en concurrencia, muchas veces, con los demás Cuerpos, siendo más visible el contraste.

Es de verdadera necesidad la sustitución de la capota por otra prenda de abrigo con que dotar á la Guardia, haciéndolo en condiciones de no gravar violentamente su exhausto peculio. La impresión que el General Palacio trajo de su último viaje, nos hace esperar en que será un hecho.

También es preciso adoptar una prenda para el Oficial de Infantería. Algo así como la pellica que usan los Cuerpos de Artillería é Ingenieros, que además de ser propia para mandar tropa, es de una gran comodidad y abrigo.

De no hacer esto, preferible es volver al capote ruso, prenda utilizable para paseo y para formación.

Narraciones peculiares

A PERRO VIEJO... NO HAY TUS, TUS

Mala tarde se presentaba la del 8 de Diciembre de 189...

Grandes y espesos nubarrones pardos y cenicientos se desprendían de la vecina sierra, y corrían impelidos por un fuerte Noroeste.

En el pueblo de Alpuentín la gente moza procuraba divertirse, calculando qué comadre cedería de mejor grado el amplio portal para bailar á sus anchas, en tanto que las personas de edad discutían en la taberna más encopetada de la plaza las esperanzas que ofrecían los campos y alguna anecdota relacionada con las últimas elecciones municipales.

Dos ó tres portales del a plaza contenían las impacientes hermosuras de Alpuentín vigilando la decisión de los mozos reunidos en corrillos, bajo los soportales de la Casa municipal.

Las tres acababan de sonar en el cadencioso reloj de la Iglesia, cuando por la calle Mayor desembocó en la plaza una pareja de Civiles con sus sombreros enfundados, el cuello de la capota levantado, y en actitud de emprender larga caminata.

Graves y silenciosos cruzaron la plaza de Alpuentín, y por un arco que debió formar parte de la antigua fortificación del pueblo, desaparecieron en dirección del campo.

—Buena tarde les espera á esos—dijo con voz bronca el Juez municipal del pueblo, aludiendo á la pareja.

—Ya, ya—respondió el Cura del pueblo, que estaba sentado junto al Juez.—La verdad es que el servicio de estos veteranos no se recompensa con nada.

Entretanto, la pareja ganaba la carretera próxima al pueblo, y marchaba en dirección de la sierra, venciendo á duras penas el fuerte aire huracanado que les azotaba de frente.

Ligeras puas de hielo se desprendían de las nubes y herían las mejillas de los caminantes, acentuándose poco á poco, hasta convertirse en copos de nieve finos, cernidos, cuyo tamaño aumentaba por momentos, anunciando por los remolinos que formaban y la indecisión de que parecían animados antes de posarse en tierra la intensidad del temporal próximo.

—Vaya una tarde que nos espera, amigo Rodríguez—dijo el Guardia que marchaba por la izquierda del camino, y parecía frisar en los veinte años.

—¿Qué quiere usted!—repuso su compañero y encargado de pareja coyos bigotazos grises pugnaban por salir del levantado cuello.—En los veintidós años de servicio que llevo en el Instituto, tantas y peores que esta he afrontado, que mi naturaleza concluyó por habituarse, y ni el calor me aflije ni el frío me espanta.

—Pues yo aseguro á usted, amigo Rodríguez, que voy dando diente con diente y que jamás me ha parecido tan seductor y atractivo el hogar de la Casa-cuartel.

—Todo es hasta *jacerse*—contestó con ironía el llamado Rodríguez;—pero si da importancia á esto, crea usted que no conoce la misión del Cuerpo. Nosotros estamos para eso: para que en las noches de estío los viajeros recorran seguros las cimas de las montañas y los valles y se bañen tranquilos, y las parvas no sufran mermas, y ahora en este tiempo para que el misero caminante halle auxilio cuando lo necesite. En una palabra: nosotros, y le aconsejo que lea bien nuestra Cartilla, estamos para garantizar el sosiego de todo el mundo á costa de nuestro pellejo.

—Pues no me conviene usted; porque entiendo yo—dijo el Guardia jovenillo saltando un charco que se ofrecía á su paso—que todo eso que usted dice, y es la verdad, pudiera hacerse compatible con el propio cuidado nuestro. ¿No indica la ordenanza que en caso de lluvia ó nieve el centinela puede guarecerse en su garita? ¿No somos nosotros perennes centinelas? Pues no veo el motivo de tener que salir con este tiempo; y ya que se salga, no puede acogerlos á la casa de campo más próxima.

—Si; y si ocurre alguna novedad en el puerto, que del cielo venga el remedio, ¿eh?...

—¿Pero qué novedad puede ocurrir, hombre de Dios! El Capitán está en la cabecera del tercio, el Jefe de la línea por los haberes, y el Comandante del puesto ya ha visto usted cómo queda con sus dolores.

—¿Y el honor que es nuestra divisa? ¿Y el cumplimiento del deber?...

—Hombre, si pretende usted darme una conferencia, puede ser que el hijo de mi madre no se quedara atrás...

—Ya sé—contestó Rodríguez—que es usted de los Guardias mejor impuestos en sus obligaciones, y que obtuvo usted sobresalientes en Valdemoro; pero... ¡ay! compañero, usted no sabe lo que no puede aprenderse en los libros y sólo enseña una experiencia de veinte...

—Y cinco años de servicio—interrumpió su interlocutor;—bueno, como usted quiera; pero la experiencia no es ninguna novedad, y como nuestra legislación se ha basado en ella, si yo sé bien lo dispuesto y usted no... pues ¿qué quiere usted! yo sabré siempre más que usted.

—Allí veredes—masculó más que contestó el Guardia Rodríguez, en tanto procuraba resguardarse con su capota de una fuerte racha de nieve que parecía envolverlos.

Signieron su camino lentamente sin encontrar á nadie, y á la hora y media de penosa marcha consiguieron ganar el puerto. En aquel punto existía un casetón de abrigo al que se acogieron, y reuniendo algunos sarmientos dispersos á duras penas lograron encender un mediano fuego, á cuyo benéfico influjo se desentumecieron algo sus doloridos miembros.

—¿Y hasta qué hora hemos de permanecer aquí?—interrogó el más joven de los Guardias.

—Hasta que pase el coche—contestó lacónicamente Rodríguez.

Y no hablaron más, distraídos ambos con sus pensamientos, en tanto que sus ojos permanecían fijos sin mirar en los sarmientos retorcidos en espiral al arder.

Pasaron dos horas sin percibir otros ruidos que el silbo del huracán, cuando de improviso lanzóse en el casetón una mujer jadeante y cubierta de nieve, en un estado de aturdimiento indescriptible que parecía no permitirle hablar.

—¿Qué la pasa á usted?—gritó el más joven de los Guardias, poniéndose súbitamente en pie y abalanzándose á la mujer, mientras que su compañero, sin moverse de la piedra en que estaba arrellanado, la examinaba de pies á cabeza.

—¡So... corro... so... corro!...—articuló á duras penas la aparecida cayendo desplomada al suelo;—mi... hombre... allí... allí... y señalaba un extenso pinar que corría á la izquierda del puerto.

—¿Su hombre! ¿y qué le ha pasado? ¿dónde está?—continuaba interrogando el jovenillo;—¿oye usted, Guardia Rodríguez? Por lo visto ha ocurrido una desgracia, vamos volando.

—Eso quisiera yo—contestó el interpelado con gran flemma;—volar; y eso que con este maldito tiempo, ni los pájaros se permiten ese lujo.

—¿Pero no oye usted á esta pobre mujer que parece próxima á desmayarse?

—Ya oigo, ya oigo, compañero, y veo.

Efectivamente, el Guardia Rodríguez no quitaba ojo del extremo de la falda de la mujer, única cosa que podía examinarse, pues rebujada en un mantón negro y sentada en el suelo sobre los talones, no era posible distinguir más.

—¿Es usted gitana, buena mujer?—preguntó Rodríguez con no pequeño asombro de su compañero de pareja.

—¿Zi zeñó—contestó la interpelada sollozando,—jitanos; veníamos mi hombre y yo de la Aldehuela; y como el probetico de mi hombre le apretaba el reuma y el borriquillo di un mal paso, sa derumbao por la parte é la cruz del recodo, y el probetico dice que se muere... vengan por Dios sus mercedes á socorrerle que allí está solo.

—¿Y cuánto hay hasta ese punto?—continuó interrogando Rodríguez.

—Obra de diez minutos, zeñó—dijo la gitana poniéndose vivamente de pie;—yo les guiaré.

—Lo que vas tú á hacer, buena pieza, es á probarte estos anillos—contestó Rodríguez sacando los lazos de seguridad.

La gitana, rápida como el pensamiento, se revolvió hacia la puerta y fué á proferir un grito si las manazas de Rodríguez, más listas que ella, no la hubieran impedido dar un paso y tapado la boca herméticamente.

El Guardia joven estaba estupefacto ante aquella escena, y más oyendo decir á su compañero, dirigiéndose á la detenida:

—Ahora, hijita, mucha calma, si no quieres que te proporcione una taza de tila en el tubo de la bayoneta.

La gitana, que comprendió bien con quién se las había, permaneció inmóvil, dejándose sujetar de pies y manos.

Una vez asegurada, Rodríguez se lanzó al campo con su compañero, después de haber introducido un cartucho en la recámara y armado la bayoneta.

No podía darse un paisaje más temeroso que aquel. La carretera confundía su blancura con la de la nieve, y las dos muelas del puerto elevaban sus gigantescas moles, ofreciendo en su declive grandes manchones negros, de los pinos que poblaban sus falda. El viento había calmado y reinaba imponente silencio. El Guardia Rodríguez salió del casetón corriendo, seguido de su atónito compañero, y se precipitó en el camino de la Aldehuela, deteniéndose y agazapándose tan luego como lo permitieron los bowdes. Así permaneció algunos minutos, y luego, con grandes precauciones, empezó á ganar la abandonada carretera, estableciéndose al abrigo de un peñasco y muy próximo al puerto. A los pocos momentos sintióse un rumor confuso y muy lejano, que despabiló extraordinariamente á Rodríguez, y que al breve rato dejó comprender, por el campanilleo y los chasquidos de la fusta se trataba de alguna diligencia empeñada en ganar la escarpa opuesta al puerto. No habría el coche ganado aún el punto más elevado del camino, cuando interrumpieron el espantoso silencio de aquella noche fuertes detonaciones de arma de fuego y voces repetidas de ¡alto! Irguióse Rodríguez, ya desahogado de la capota, y con una resolución envidiable, ¡á la bayoneta! dijo, y corriendo ambos Guardias con la celeridad del gamo, se lanzaron como exhalaciones sobre seis ó siete hombres que cercaban el coche diligencia.

—¡Alto á la Guardia Civil! prorrumpió el veterano con voz extérrima, á la vez que hacía rodar á uno de los asaltantes de un balazo.

Sorprendidos los ladrones, pero rehechos instantáneamente, trataron de revolverse contra los Guardias, aunque en vano, costándoles tres bajas más su temeridad. El Guardia neférito, olvidado ya del frío, portóse como un valiente, y cuando el resto de la partida estuvo convenientemente asegurada, obtuvo de su compañero Rodríguez un fuerte apretón de manos.

Repuestos los viajeros del tremendo susto experimentado, y principalmente el recaudador de contribuciones de la capital, que conducía una fuerte suma, y acomodados en el carruaje los heridos de la banda, debidamente expuestos, dió orden el Guardia Rodríguez de continuar la marcha al vehículo, quedando él y su compañero para escoltar el resto de la partida copada.

No hay medio de expresar el entusiasmo manifestado con que el vecindario de Alpuentín recibió á los heroicos Guardias, y el prestigio tan grande que el Instituto supo conquistar en toda la comarca con hecho tan memorable.

Rodríguez obtuvo la cruz del Mérito Militar roja, pensionada con treinta reales mensuales, y el Guardia Angel Espabilado, su compañero, la propia condecoración, pensionada con diez reales.

Al siguiente día del suceso, y alrededor del hogar en la casa cuartel toda la fuerza del puesto, el Guardia Espabilado preguntó á Rodríguez:

—¿Cómo pudo presumir usted que aquella mujer no decía verdad, y que aquel pretendido socorro encubría un crimen?

—¿Cómo?—contestó Rodríguez haciéndose el asombrado;—¿no has estudiado esto en el Colegio?

—No, señor—dijo ingenuamente Espabilado.

Todos los Guardias rompieron á reír, y Rodríguez añadió:

—Pues hijo, eso lo da el instinto, el trabajo continuado, el amor al oficio, y sólo se aprende en el gran libro de la experiencia.

A perro viejo... no hay tus, tus.

EUGENIO VEGA DE LA TORRE.

Á nuestros lectores

Para regularizar nuestras relaciones con los suscriptores de EL HERALDO, les rogamos, en obsequio suyo, tengan en cuenta cuantas advertencias hemos hecho respecto al envío de originales anónimos, la inclusión de una faja del periódico en todas sus cartas, el aviso oportuno de los cambios de destino, etc., y sobre todo de las que figuran constantemente en la cabeza del periódico, ó sean las «condiciones de suscripción.»

También hemos de advertir á nuestros favorecedores que las reclamaciones por extravío de números procuren hacerlas á la mayor brevedad, con objeto de no tener gran remanente de ejemplares en nuestra administración.

NECROLOGIA

El General Moltó

El día 6 dióse cristiana sepultura al cadáver del que en vida fué el Teniente General D. Remigio Moltó y Díaz Berrio.

Al desaparecer de entre los vivos, el mejor elogio que puede hacerse de este distinguido General y bizarrísimo soldado es que, no obstante los importantes cargos que desempeñó, no deja un mal recuerdo siquiera, ni un enemigo. Como soldado, modelo fué de bravura, constancia y subordinación; y como caballero, los que tuvieron la honra de tratarle saben que rayaba en la exageración; bondadoso por temperamento, sus labios no sabían mancharse con la mormuración, que tampoco toleraba á su presencia.

El que estas líneas traza, no escribe influido por el reconocimiento á que siempre le fué deudor, no, sino llevado del convencimiento que aquel gran carácter irradiaba sobre cuantos le rodeaban.

La Guardia Civil debe conservar un grato recuerdo del señor General Moltó, puesto que siendo Brigadier mandó, ó mejor dicho, organizó el primer tercio, en la época memorable del Duque de Ahumada, mandó que el General se complacía mucho en recordar cuando después fué dignísimo Director del Instituto.

El señor General Palacio, convencido de esto, y prescindiendo de la particular amistad que le unía con el finado, dedicó una hermosa corona, en nombre del Instituto, al General Moltó, acudiendo al entierro con el Sr. Loño, General Secretario, y una nutrida comisión del Centro directivo y de los tercios 1.º y 14.º.

El venerable General Moltó, cumpliendo su misión en esta misera y transitoria tierra y expirando rodeado de sus cariñosos hijos, sin que aquella frente, siempre erguida contra el enemigo en el campo y contra todo lo censurable en la vida social, la oscureciese la menor sombra, es un ejemplo inapreciable que seguir, y ha de servir de imperecedera enseñanza para las generaciones venideras. ¡Descanse en paz el ilustre finado!

Y su atribulada familia permítanos unir el sincero pésame de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL á los muchísimos recibidos con tan doloroso motivo.

La guerra en el Riff

Desde que se abrió la campaña contra los rifeños, venimos dando cuenta de sus accidentes, encabezando nuestros artículos con el epígrafe que ponemos á estas líneas, y que sólo á título de costumbre establecida puede sustentarse lógicamente.

Lo que fué ha pocos días dominio del plomo, campo de la muerte, tumba de españoles, hase convertido hoy casi en deleitoso esparcimiento.

Las tropas, á pesar suyo inactivas, mezclándose á los deseos de venganza el recuerdo de los seres queridos que dejaron á este lado del Estrecho; el fuerte Sidi-Auarach, construyéndose; y á dos pasos de allí, los moros echados sobre el suelo, contemplando la operación con dulce y *nirvánico* abandono.

Se ha vuelto por nuestro honor ultrajado y por nuestra dignidad de dominadores construyendo el fuerte, valga ó no valga.

Perfectamente.

Esta cuestión de decoro nacional puramente, parece ser que está resuelta.

Pero, ¿y el castigo de las kábilas?

¿Y la indemnización por gastos de guerra?

¿Y las garantías para el porvenir?

Las tres cosas son necesarias de toda necesidad.

Ha habido bárbaros atentados por parte de los rifeños, violación del tratado de Wad-Ras, invasión de nuestro territorio; y todo esto que el Sultán es el primero en reconocer y censurar—aparentemente,—no tiene otra satisfacción, hasta ahora, que la que proporciona nuestra superioridad sobre el enemigo.

Si el Sultán es verdaderamente señor de sus súbditos, debe hacer ejemplarísimo escarmiento, que sirva de temor para ellos y de satisfacción para nosotros.

Si el Sultán domina en el Riff, debe indemnizarlos de todos los gastos que por los rifeños hemos tenido que sufragar.

Si el Sultán comprende nuestro derecho, y va de buena fe, y es nuestro «grande amigo», debe facilitarnos garantías para el porvenir por medio del ensanche de los límites y la posesión de puntos estratégicos que aseguren nuestro campo.

Pero ¡ay! mucho no tememos que el castigo se reduzca á cortar unas cuantas cabezas, acaso menos de las que cortará S. M. Sherifiana por el robo audaz de sus mujeres, que la indemnización se reduzca á dos ó tres tardías remesas de ochavos morunos, y que las garantías sean nulas al fin y á la postre, ante las falsías y las audacias de esos *vecinos salvajes*.

Salvajes vecinos que no se doblegan ante una orden del Sultán, siquiera sea ésta transmitida por persona tan su allegada como un hermano.

Es cosa bien sorprendente que Muley Araaf haya

sujeto a la obediencia a los que días antes dieron muestras ostensibles de no reconocer su soberanía.

Y para encontrar una justificación a esto, alguien ha inventado que el príncipe tuerto ha recurrido al ardid de prometerles la construcción frente a Sidi-Anariach de otro fuerte con potentísimos cañones.

La invención es pueril. Ya se contentarían los riffeños con que su señor no les pida nada de contribución, para que vayan a creer que les va a regalar un magnífico fuerte artillado.

No hay que devanarse la cabeza: los moros han cedido ante nuestros aprestos militares, que los reducen a una inferioridad insostenible.

De modo que hay paz; que el fuerte se construya; pero... ¿y luego?

Cuando los veinte mil hombres que hay en Melilla queden reducidos a tres o cuatro mil, ¿quién garantiza que no se repetirán las escenas del día 2 de Octubre?

Lo que está fuera de toda discusión es la influencia ejercida por el General Martínez Campos.

Aquel Ejército necesitaba una alma, y allí se la llevó grande y poderosa el prestigioso nombre del caudillo.

Los hechos demuestran más que las palabras.

Pero no queremos pasar sin tomar nota del buen efecto que ha producido en la opinión sensata la supresión de la indecorosa guerrilla de presiliarios, de quienes los señores corresponsales dijeron tantísima tontería.

—Pero llenaban sus columnas—nos dirá el lector. Sí, es un dolor ver traducidos ciertos asuntos en perros chicos.

Después del fusilamiento del presidiario, ha sido tema preferente de todas las discusiones el Bando del General en Jefe, tan natural para todo el que entienda un poco de achaques militares.

El caso 3.º del artículo primero del citado bando es lo que ha sacado de quicio a los corresponsales, que ya no podrán campar por sus respetos ante la amenaza lacónica que entrañan las siguientes líneas:

«Los que comuniquen para su publicación, dentro o fuera de la plaza, noticias referentes a los proyectos en operaciones militares, a la situación de las tropas, a la cantidad y calidad del armamento y municiones, y los medios con que cuenta el Ejército para el éxito de la campaña, serán pasados por las armas.»

«Aquéllos polvos traen estos lodos.»

El hablar por hablar, lleva consigo la represión de una libertad de la prensa judicial para la patria.

Es natural en un país donde se respira un ambiente antimilitar en la prensa, en la tribuna, en los corrillos; en un país donde parecen cosas hacederas y convenientes el Presupuesto de la paz y la organización a la suiza, nada tiene de extraño que hasta se censure lo que tan racional es en buena práctica de la guerra.

Permutas

Eugenio Jovellanos Pérez, guardia segundo de la Comandancia de Oviedo, puesto de Panes, desea permutar para Zamora, Valladolid, Logroño, Palencia, León o segunda Compañía de aquella Comandancia.

Dionisio Rivero Cubero, Cabo de la Comandancia de Madrid, de puesto en Ataquines (Valladolid), desea permutar para cualquiera de las que componen el noveno tercio.

Noticias Oficiales

Propuesta de destinos.

Coroneles.—D. Bartolome Juliá y Juliá, de reemplazo en Baleares, al 12.º tercio. —D. José Medina y Esquivel, del 12.º tercio al 4.º idem.

Comandantes.—D. Tomás López de Solá, de reemplazo en Coruña, a Pontevedra. —D. Eduardo Tamarit Alcaraz, primer Jefe de Alava, a Alicante.

—D. Francisco Laborde y Todo, segundo Jefe de Navarra, a Alava. —D. Antonio Orduña Caracena, primer Jefe de Pontevedra, a Navarra.

Capitanes.—D. Juan Pérez López, ascendido de Lugo, primera Compañía de Alicante. —D. Primitivo Romero Poláez, de reemplazo en Orense, séptima de Almería. —D. José Lobato Capmani, ascendido de Badaoz, octava de Almería. —D. Clotilde Verdú y Grech, de Alicante, primera compañía, a segundo Jefe de idem.

Primeros Tenientes.—D. José Seura Sanjurjo, ascendido de Logroño, segunda compañía de Lugo. —D. Ruperto García Ximénez, ascendido de Jaén, 11.º tercio P. M. —D. Manuel Sánchez Ruiz, 11.º tercio P. M., a la segunda Compañía de Badajoz.

—D. Marcelino Guerra Jauregui, de la quinta compañía de Valencia, a la séptima de Vizcaya. —Don Francisco Giner Donderis, de la séptima de Vizcaya, a la quinta de Valencia. —D. Carlos Tovar Revilla, del escuadrón de Madrid, a la séptima de Segovia.

—D. Esteban Morales Díaz, de la séptima compañía de Segovia, a la quinta de Guadalajara. —D. Pedro Nogueira Pavia, de la quinta de Guadalajara, al escuadrón de Madrid.

Segundos Tenientes.—D. Vicente Pla é Isla, de reemplazo en Aragón, a la novena, de Zaragoza. —D. Jerónimo Rubio Moreno, de la quinta compañía de Sevilla, a la 12.ª de Huelva. —D. Antonio Miláns Rivera, de la 12.ª de Huelva, a la quinta de Sevilla.

—D. Manuel Cid Pomo, de la primera de Valladolid, a la segunda de idem. —D. Francisco Blanco Borrego, de la primera de Gerona, a la primera de Logroño.

NUESTRO CONSULTORIO

Fuentidueña.—J. G. M.—1.ª 24 pesos 75 centavos. 2.ª El plus ordinario. 3.ª No tiene reservado el derecho para Caballería.

Vimbordi.—M. L. J.—1.ª Ha tenido entrada. 2.ª Figura con el núm. 1. 3.ª Cuando le corresponda se le avisará. 4.ª No, señor.

Illar.—F. G. R.—1.ª Ya le han trasladado para Caballería. 2.ª No puede precisarse. 3.ª 22 pesos 75 centavos. 4.ª No, señor. 5.ª No figura.

Aliseda.—M. M. A.—1.ª Hasta que salga la Sociedad del período preparatorio, tiene que pagar la de 750 pesetas mensualmente.

Espinar.—V. N.—1.ª El número 3, y no puede precisarse cuándo embarcará. 2.ª No hay nada legislado sobre el particular. 3.ª El 173.

Panes.—E. J. P.—1.ª Por mitad. 2.ª Se han

agotado. 3.ª No, señor. 4.ª Publicada. 5.ª Está en estudio.

Ansejo.—C. P. R.—1.ª Se le remitirá. 2.ª No, señor. 3.ª Tiene que servir seis años. 4.ª Si hay motivos suficientes, sí, señor, puede detenerlo.

Burguete.—L. C. G.—1.ª No, señor. 2.ª Sí, señor.

Cabra.—V. M. O.—1.ª Está sujeto a turno.

2.ª 27. 3.ª Remitido. 4.ª El 11.

San Juan del Puerto.—J. S. G.—1.ª Hecho el traslado. 2.ª Remitido. 3.ª Servido. 4.ª No figura.

5.ª Ninguna.

Calaceite.—L. V. V.—1.ª Remitido. 2.ª 18.

3.ª Al Juez.

Muros.—B. G. C.—1.ª Sí, señor, con un año a futuro.

Guisona.—A. R. O.—1.ª Se le servirá. 2.ª El núm. 33. 3.ª Ninguna. 4.ª Se le remitirá. 5.ª 6.

Santander.—M. S. P.—1.ª Sólo sirve desde veinticinco años en adelante. 2.ª No le sirve para nada.

Tuixent.—C. S. M.—1.ª No figura.

Borria.—A. R. P.—1.ª El núm. 12. 2.ª No puede precisarse.

Rivadeco.—J. S. V.—1.ª Tiene que servir su actual compromiso para venir al premio.

Villanueva de la Concepción.—J. N. P.—1.ª No puede servirse por hallarse agotada. 2.ª El 12.

Cordoba.—F. V. P.—1.ª El 1271. 2.ª El 11.

Astara.—L. B. O.—1.ª Geografía e Historia de España y Universal. 2.ª Es indiferente; por cualquier texto de un Instituto. 3.ª Instancia por conducto acompañada de un certificado que acredite tener aprobadas aquellas asignaturas. 4.ª Al excelentísimo señor Subsecretario del Ministerio de la Guerra. 5.ª En Agosto.

Lloret de Mar.—M. D. I.—1.ª Le sirve por mitad. 2.ª No figura. 3.ª El 3. 4.ª No, señor. 5.ª Si estaba amalgamado, sí, señor.

Najera.—A. O. P.—1.ª Sí, señor; le vale. 2.ª Sólo le sirve para el retiro; debe usted ir encargado.

Agaciras.—C. V. T.—1.ª El núm. 14.

Chert.—F. B. Q.—1.ª No puede servirse por hallarse agotados. 2.ª No, señor. 3.ª Sí, señor; pero lo tienen concedido ya más de 80 individuos. 4.ª Ninguna.

Ajaar.—J. M. J.—1.ª El núm. 38. 2.ª El 10. 3.ª El 12. 4.ª No hay nada prevenido.

La Higuera.—J. V. H.—1.ª Ambos el número 3.

Potes.—A. G. G.—1.ª El 169. 2.ª Sí, señor. 3.ª Sí, señor. 4.ª José Estévez, en Algemesi (Valencia); el otro individuo en el Disciplinario. 5.ª No, señor; pero puede solicitar su pase en concurrencia de aspirantes. 6.ª Sí, señor. 7.ª No, señor. 8.ª Haga el pedido al Jefe del Negociado de Valdemoro en la Dirección General.

Ataquines.—D. R. C.—1.ª Publicada la permuta.

Alhama.—J. Z. R.—1.ª No, señor. 2.ª Sí, señor. 3.ª Si estuvo amalgamado, sí, señor.

Jarafe.—A. S. D.—1.ª Figura con el número 1.

Pedraza.—J. M.—1.ª El número 1.

Zucaina.—P. J. C.—1.ª En Toledo, reserva número 68.

Habiendo hecho una gran tirada del

PLANO DE MELILLA.

le ofrecemos a nuestros suscriptores al precio de **veinticinco céntimos** ejemplar.

Para los no suscriptores, **cincuenta céntimos**.

VEINTICINCO EJEMPLARES, 10 PTAS.

PARA ULTRAMAR, PRECIOS DOBLES

Para pasar el rato

SALTO DE CABALLO

DEDICADO A «EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL»

dad	te	cia	ses	He	ne	1.º
mos	de	si	un	de	del	El
in	de	re	se	ce	ral	la
sor	que	los	do	pe	tá	mis
la	Ci	sen	Pues	co	po	rió
tía	fen	de	dia	el	mo	es
vil	Guar	en	de	aquí	di	Cuer

Principia en el 1.

Termina en el 49.

VICENTE HERRERO TARACENA,
Cabo de la Guardia Civil (1).

A los señores que remitan la solución, se les enviará gratis el plano de Melilla.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

Al problema aritmético: Al empezar el mercado había gran competencia de huevos y la consiguiente baratura, y la mayor de las labradoras vende a perro chico cada siete huevos, o sea $7 \times 7 = 49$. La segunda vende a igual precio 28 huevos, o sea 7×4 , y la tercera vende otros 7.

Tenemos, pues, a la mayor con siete perros y un huevo; a la segunda con cuatro perros y dos huevos, y a la tercera con un perro chico y tres huevos. Después se encarecen extraordinariamente el género, y las hermanas venden los huevos sobrantes a tres perros cada uno, con lo cual se vuelven a su casa llevando cada una diez perros y habiendo despachado a iguales precios la mercancía.

Al geroglífico: CADA UNO EN SU CASA MAN-DA CON AUTORIDAD DE REY.

Remitieron las soluciones al geroglífico y problema aritmético del número anterior, los señores siguientes:

D. Gregorio Jurado, D. Diego Collado Martínez, D. Carlos Canet, D. Quirico Polo Santamaría, don Matías Carro Ferrera, D. Diego Robles Aguilar, D. Laureano Pindado.

Al problema aritmético:

D. José Andrés González, D. Eugenio Jovellanos Pérez, D. Ramón García Gujaniel.

Al geroglífico:

D. Esteban Rico Urquiola, D. Blas Florez Alvarez, D. Juan Jiménez Abós, D. Pío Camacho Ariño, D. Eugenio Ruiz Rubio, D. Vicente Herrero Taracena, D. Matías Fernández Sánchez, D. Rafael Rodríguez Roa, D. Antonio Gisbert, D. Antonio Braiz, D. Carmelo Torres, D. José Martínez y Martínez, D. Antonio Carnerero González.

(1) Tenemos el gusto de insertar este notable Salto de caballo, y damos las gracias a nuestro colaborador por su galantería.

MIGUEL ROMERO, IMPRESOR, TUDESCOS, 34

Teléfono 875.

el Sargento con aire reflexivo;—de poco tiempo a esta parte hemos limpiado esto de pillos, pero no les arriendo la ganancia a los que todavía quedan.

El señor Juan no se atrevía a mirar cara a cara al veterano, temeroso de que en sus miradas sorprendiera aquella mixtificación de la verdad.

—¿Y no sospecha usted de nadie del pueblo?—preguntó el Sargento.

El atribulado interlocutor contestó, sin levantar los ojos del suelo:

—De nadie, amigo mío, de nadie.

—¿Ni siquiera remotamente del que le ha escrito el anónimo, de esa alma buena que le avisa a usted, y que parece le conoce de largo tiempo?

—Tampoco presumo quién pueda ser—contestó con voz aún más insegura.

El Sargento Junquera, embebido en sus reflexiones, no notaba la turbación del pobre hombre, que mentía por salvar su honra.

—Pues nada, nada; yo indagaré, vigilaré a los sospechosos, y la primera noche turbia allí me tiene usted.

—Adiós, señor Junquera, y cuente usted con mi eterno agradecimiento.

—Adiós, señor Juan; no tiene usted nada que agradecerme.

Y se despidieron con un afectuoso apretón de manos.

para vengarse, para vengarse terriblemente de él y de ella; de todos, de quien fuera.

¡Oh, qué infamia! ¡qué infamia!... Él, que la había ocultado a los ojos profanos de los hombres; él, que había sentido furores sin cuento cuando se atrevió a pretenderla aquel perdido de Roberto...

El desdichado señor Juan se detuvo un momento, como horrorizado por aquel rayo de luz que alumbraba un cuadro sombrío.

¡Roberto! Aquel hombre y aquel recuerdo evocado podría ser una revelación. Con él, acaso con él amasara su deshonra aquella hija infame; con el perdido, con el sinvergüenza, con el echado a empujones por la escalera... Era una enormidad; ¿pero qué podía ya conmovérle después del tremendo golpe recibido?

El hecho era uno solo; el accidente lo que menos importaba; la venganza, la consecuencia inevitable de aquel horrible engendro.

No había por qué dudar que el cómplice era aquel miserable derrochador de su fortuna y escándalo de las gentes. Hay ciertos seres que ejercen sobre otros atracciones de abismo, o fascinaciones de espejuelo engañador de las incautas alondras.

El señor Juan se fué serenando; su mismo infortunio le daba fuerzas para pensar, fuerzas para vencerse a sí mismo. Que había que vengarse era evidente; ¿pero, cómo? Este era el problema.

Había uno ya que conocía su deshonra: el autor del anónimo.

En el fondo del escrito había así como algo de amistosa solicitud, de compasiva confianza, de alentadora reserva. Tal vez aquel fuera su amigo que, por un azar cualquiera, habíase enterado y acaso nunca se desplegaron sus labios para revelar el secreto de un buen hombre.

Y si era así, si el mundo ignoraba el delito inexcusable de una hija infame, ¿por qué lanzar a todos los vientos aquella deshonra? ¿por qué dar a sus convencios la sabrosa comidilla de su vergüenza?

La venganza, sí; pero la venganza disimulada con una máscara cualquiera, servida al público con un aderezo que engañara el paladar.

Expiar a aquellos malditos, sorprenderles, matarlos a los dos, hacerles pagar juntos sus crímenes, era en verdad cosa bien hacedera. La ley ampara al padre que mata a su hija y al seductor. Sin embargo, la ley, la absolución legal, no es el todo para la vida. Detrás del Código, detrás del Fiscal, está el preámbulo, está la opinión, que señala con el dedo.

El desdichado padre desechó desde luego los procedimientos violentos.

PINCELADAS
(Colección de poesías)
APUNTES TRIGONOMÉTRICOS
POR
D. RICARDO GARCIA DE VINUESA
Primer Teniente de la Guardia Civil
PRECIO, UNA PESETA
A los suscriptores de este periódico se les hace el 25 por 100 de rebaja.

SOCIEDAD ARTÍSTICO-FOTOGRAFICA
DIRECTOR Y PROPIETARIO
UN CAPITÁN DE ARTILLERIA
Fotógrafos alemanes é ingleses.
Retratos. Los más elegantes y económicos (véase tarifa).
Príncipe, 22, Madrid.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS
FUNDADA EN 1840
PREMIADA EN DISTINTAS EXPOSICIONES
DE
HIJOS DE ANTONIO GIL
PRIM, 11, Y VITORIA, 5
BURGOS
SUCURSAL
29, Fuencarral, 29
MADRID

Especialidad en sombreros para la Guardia Civil, Alabarderos, Escolta Real y Cuerpos Diplomáticos.

Academia Preparatoria Militar
DIRIGIDA POR
D. Clodoaldo Piñal
TENIENTE CORONEL, COMANDANTE DE ARTILLERIA
MADRID.—Greda, 22.—MADRID

EL JUEZ INSTRUCTOR
OBRA DE PROCEDIMIENTOS JUDICIALES
por
D. BARTOLOMÉ VEGA Y MONTOYA
Comandante de Infantería.

Un Matrimonio por Amor
Novela original de DON FRANCISCO MARTÍN ARRUE
Precio: DOS pesetas.
A los suscriptores de EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL, el 25 por 100 de rebaja haciendo los pedidos a esta Administración.

SASTRERÍA MILITAR
DE
Francisco Juan Vidal
25, SAN MIGUEL, 25, MADRID
Contratista para la Guardia Civil y Carabineros.
Se confeccionan toda clase de prendas de militar y paisano. Corte excelente. Géneros del reino y extranjeros.

SASTRERÍA MILITAR
DE
VIUDA É HIJOS DE V. J. PASCUAL
Casa fundada en 1814
2, Travesía de Trujillos, 2.—Madrid.
Contratista para la Guardia Civil y Carabineros desde la creación de ambos Institutos.
Contratas para el Ejército y Corporaciones civiles y militares.

EL HERALDO DE LA GUARDIA CIVIL

DEFENSOR DE LOS INTERESES DEL BENEMÉRITO CUERPO

Precios de suscripción. { En España, un trimestre. . . . 1,50 pesetas.
En Ultramar — 3,75 —

Este semanario es el mejor agente de información que puede tener tanto el Guardia Civil, como cualquiera otra persona, siempre que se trate de asuntos relacionados con el benemérito Instituto. Es el periódico más ameno, más útil y más barato. Toda la correspondencia al Director.—Oficinas: Santa Lucía, 10, Madrid.

tos, y suspendió los planes que pudiera forjarse en su calenturienta imaginación hasta convencerse por sí mismo de toda la magnitud de su desgracia. Y al fin se convenció.

Pasó toda aquella noche tendido al borde del camino, oculto tras unos matorrales, esperando que un hombre llegara, que una ventana se abriera y que aquella ventana fuera la del cuarto de su hija.

Nadie transitó por el camino, á excepción de la pareja de la Guardia Civil que, como de costumbre, regresaba al pueblo cuando la luz del alba teñía de vago color los objetos.

Entonces se retiró el señor Juan de su apostadero. Tras de aquella noche de terribles angustias, sentía un inmenso consuelo en medio de la duda invencible, y más de una vez llegó á pensar si el anónimo sería alguna vil calumnia.

Esperanza le miró pálido y ojeroso, y al darle los buenos días le preguntó si le pasaba algo, si había dormido mal. ¡Estaba desde el día anterior tan preocupado, tan inquieto!

—Aquello no era nada—la aseguró él;—una ligera contrariedad en los negocios—dijo tratando de aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

A la noche siguiente volvió á colocarse en acecho, y su espionaje obtuvo el mismo resultado.

Como en la noche anterior, la luna lucía clarísima en el cielo, y Antonio no se arriesgaba á ir al cortijo cuando tan fácilmente podía ser descubierto.

La esperanza que había nacido en el corazón de aquel hombre honrado, tomaba más cuerpo ante el resultado negativo de su investigación.

Seguía observando y temblaba ante la idea de que le faltaría el valor para ver entrar en su casa á un hombre y esperar tranquilamente á que saliera sin extrangularlo entre sus manos.

Al cuarto día recibió otro anónimo que la misma mano redactó en esta forma:

«Si ha observado usted en estas noches, nada tiene de particular que vuestros desvelos hayan sido infructuosos. El que deshonor á usted no va en las noches claras; pero no faltará seguramente en la primera noche oscura».

Como un castillo de naipes que el soplo de un niño derrumba, así se derrumbaron todas sus esperanzas.

Entonces concibió una idea decisiva. Si era verdad lo que decían aquellas líneas, no quería esperar más, no quería ver nada. Su venganza cuanto antes.

Y pensó en su buen amigo el sargento Junquera.

Aun con la confianza que el veterano le inspiraba, no se decidió á confesarle la verdad, haciéndole instrumento suyo abiertamente.

Para aprovecharlo en beneficio suyo, recurrió á un ardid bien sencillo, que era simplemente una sustitución en lo que á él los anónimos le anunciaban.

Tomó un pedazo de papel, escribió algunos renglones tratando de desfigurar la letra, y salió precipitadamente en dirección al pueblo.

El sargento Junquera acababa de llegar de servicio, y se estaba quitando las polainas.

—Tanto bueno por aquí, señor Juan—le dijo apenas le vió entrar por la puerta.

—Poco, poco bueno es lo que he de decir usted, señor Junquera—le contestó el del cortijo dándole la mano.

—Pues qué, ¿hay algo grave?

—Bastante, bastante. Ya sabe usted que tengo la cosecha casi vendida, que el importe está en casa, y que hay muchos bribones en el mundo. Lea usted.

El sargento leyó en voz alta el papel que minutos antes escribiera el señor Juan.

«Tratan de asaltar el cortijo una de estas noches, la primera que esté oscura. Haga usted caso á quien le dice esto, que se lo dice porque tiene mucho que agradecerle».

—Lo acabo de recibir, y por sí ó por no, yo quisiera que usted me mandara una pareja para que esperara la llegada de los ladrones.

—¡Pues no faltaba más!—le contestó Junquera.—Iré una pareja y la mandaré yo; ¿le parece á usted bien?

—Perfectamente, mi querido amigo.

—Descuide usted, señor Juan, yo ya estoy avisado, y en cuanto vea que la noche se presenta oscura, allí me tiene usted. No obstante, desde hoy el cortijo estará vigilado.

—Yo se lo agradezco á usted en el alma, amigo Junquera; y me satisface mucho que sea usted quien vaya á defender mi hacienda.

—Me sorprende, y no poco, ese golpe de mano que se intenta—dijo